PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—Jose Maria Delgado

Diciembre de 1920. Núm. XXX.—Año IV.

"EL HOMBRE" SEGUN GUICCIARDINI

La publicación de las obras inéditas de Guicciardini ha sido uno de esos acontecimientos que deberían haber dado grande impulso a nuestros estudios históricos. Tales descubrimientos deberían crear un ciclo completo de crítica histórica: tanta es la multitud de noticias que se hallan en ellas, unidas a esas reflexiones e impresiones que las vivifican e irradian nueva luz por todo un siglo.

Y se trata del siglo más estudiado y menos comprendido; de un siglo llamado del resurgimiento y que fué, no obstante, el siglo de nuestra decadencia.

El problema histórico que entraña aquella época todavía no me parece que haya sido planteado, discutido y desenvuelto con grande exactitud.

El problema es este. La Italia de aquella época había ascendido al más alto grado de potencia, de riqueza y de gloria; en las artes, en las letras, en las ciencias, alcanzaba ese ápice al que pocas naciones privilegiadas suelen llegar, y del cual, entonces, hallábanse lejanísimas las otras naciones, que ella, con romana soberbia, llamaba *los bárbaros*.

Sin embargo, al primer choque con estos bárbaros, Italia, como por imprevista sacudida, se desmoronó y fué borrada del número de las naciones.

Y los bárbaros lanzaron de nuevo el grito salvaje: ¡Guay de los vencidos! Y no sólo los pisotearon, sino que los dispersaron, tratándolos como si no fueran hombres, y llenando el mundo de querellas y de recriminaciones contra lo que llamaban la perfidia y la vileza italianas.

Y desde entonces quedó entendido que los pérfidos y los cobardes fuimos nosotros, que el error fué todo nuestro, que se nos pagó con nuestra misma moneda, que lo habíamos bien merecido, y que los bárbaros nos hicieron un señalado favor inoculándonos un poco de sangre nueva en las venas.

A estos juicios de los escritores ultramontanos se unen los lamentos de los nuestros, los cuales atribuyen la inaudita catástrofe a nuestras discordias, las cuales nos quitaron toda posibilidad de resistencia.

El buen Sismondi, que habla con tanta simpatía de nuestras cosas, transformando el reproche en elogio, dice que el sentimiento nacional faltó a los italianos porque los movía un sentimiento más alto; se sentían cosmopolitas y fueron—con holocausto de ellos mismos—benefactores de la humanidad.

Tampoco la catástrofe fué imprevista; antes bien, teníase un inquieto presentimiento, y no faltaron las acostumbradas profecías. Todos recuerdan con qué elocuencia Savonarola, en Pergamo, anunciaba la venida de los bárbaros, y qué impresión produjo entonces la profecía de un franciscano, que, entre otras cosas, anunciaba el saqueo de Roma. Signos siniestros son referidos por los historiógrafos. Un rayo cayó sobre la iglesia de Santa Reparada, en Florencia; durante una noche oscura fuegos sangrientos iluminaron la villa Careggi. Los fantasmas de los antiguos reyes de Aragón anunciaron a su sucesor la caída del reino de Nápoles. Las estatuas sudan sangre; los pueblos espantados creen ver en el cielo ejércitos que combaten Una secreta inquietud perseguía a los individuos, en medio de las delicias y las voluptuosidades de una vida ociosa.

Había, pues, la conciencia obscura de una disolución social y de una catástrofe próxima. Y más que el juicio de los extranjeros y de la posteridad, es útil investigar las impresiones y los juicios de los contemporáneos.

Los frailes, los sacerdotes y hasta varios historiadores opinan que la fuente del mal radica en la relajación de los sentimientos religiosos y de las costumbres.

"No se cree más en Cristo—dice Benivieni. Más: se cree que todo es obra del azar, máxime las cosas humanas. Algunos consideran que son reguladas por influjos celestes. Se niega la vida futura, se escarnece la religión. No faltan quienes opinan que es un hallazgo de los hombres Todos, hombres y mujeres, tornan a las usanzas paganas y se deleitan estudiando a los poetas, a los astrólogos y en toda guisa de supersticiones".

En estas pocas líneas está contenido todo Savonarola.

Otros, por lo contrario, entienden que el mal radica principalmente en la corte de Roma, en las prácticas y en las costumbres religiosas, que han desfibrado las almas, *predisponiéndolas más a perdonar las ofensas que a vengarlas* Y no ven más remedio para fortalecer de nuevo las instituciones y los hombres, que seguir los ejemplos que nos legara la antigüedad.

Todos estaban persuadidos de la corrupción del país; unos la atribuían al debilitamiento del sentimiento religioso, otros culpaban de ella a la religión, según ésta es interpretada y practicada por la Corte de Roma. Los primeros veían el remedio en retrotraer la sociedad a sus principios, mediante una reforma re-

ligiosa y moral que lograra restaurar las creencias religiosas y corrigiera las costumbres: la cual reforma — auspiciada por Fray Savonarola y más tarde por Fray Lutero—el clero la realizó a su modo en el Concilio de Trento. Los segundos, por el contrario, veían el remedio en la emancipación de la conciencia de toda autoridad religiosa, lo que aparejaba la abolición del Papado, que ellos juzgaban ser el principal enemigo de la libertad y de la unidad nacionales.

Eran dos escuelas, las cuales con diversos nombres continúan en nuestros días, y que con sus fines y sus medios abarcaban más que la Italia, toda la Europa católica. Se puede decir que su historia es toda la historia moderna, que todavía continúa.

En esta historia Italia representaba una parte muy secundaria. Cierto: las primeras ideas y las primeras tentativas partieron de ella, pero fueron conceptos y tentativas aisladas, de escaso efecto; y cuando el incendio se dilató y las contrarias opiniones encendieron en toda Europa obstinadísimas disputas, divisiones y guerras entre los pueblos, no faltaron entre nosotros ciudadanos de mucha virtud que con la pluma, con fuertes obras y con martirios conservaron su fe, pero fué un movimiento de pocos que, además, estaban divididos, un movimiento que apenas si se imprimió en la superficie, bajo la cual continuaron las poblaciones en calma estúpida y soñolienta.

Todavía existen quienes creen que el Cristianismo y el Papado son la salud o la perdición de Italia; son opiniones ociosas que no dejan huella durable en las multitudes; el concilio ecuménico, que en otras partes de Europa suscita odios tan vivos o esperanzas análogas, entre nosotros no genera ni enérgicas oposiciones ni gallardas adhesiones.

La corrupción de las costumbres era la apariencia más grosera del mal que trabajaba a Italia y hacía

inevitable la catástrofe. Esta apariencia fué tomada por el mal en sí; y unos culpaban al paganismo y a los estudios clásicos, otros a la Corte de Roma, piedra de escándalo, y no pensaban que esa corrupción del Papado y ese paganizar de las clases inteligentes y de los mismos Papas eran también parte del problema; fenómenos y efectos que nada explicaban y que exigían ser explicados a su vez.

Pero los hombres políticos veían la cuestión bajo un aspecto más determinado. Tenían poca esperanza en los tardos frutos que pudieran madurar por una reforma religiosa y moral, y no creían en el Papa ni en Cristo, y escarnecían a los profetas desarmados. Ellos veían con claridad que Italia, dividida y falta de armas, mal podía resistir a los bárbaros: aquí estaba el peligro, y esto es lo que había que remediar. Les preocupaba mucho las discordias intestinas entre los ciudadanos, entre las ciudades, entre los Estados, y buscaban un sistema de *equilibrio* que diera satisfacción a todas las clases, manteniendo dentro el orden y la concordia, y ligara a los grandes Estados italianos irritados por recíprocas ojerizas contra los asaltos que vinieren de fuera. Asombra considerar cuántas sutiles combinaciones pululaban en aquellos agudos cerebros, encaminadas a poner orden en el Estado, a fin de obtener el deseado equilibrio, cuando ya el extranjero estaba en casa y dejaba por misericordia que continuara la disputa, a saber, si se vencerían los partidos con casi todas las habas o con media ración de habas.

No eran menos sutiles los juicios en torno a las condiciones y a las fuerzas de los Estados, acerca de las inclinaciones, las pasiones y los intereses de los príncipes, y sobre las varias combinaciones de las alianzas, con una fineza de observaciones y de análisis que

desearía ver en muchos documentos de la diplomacia moderna.

Desgarra ver tanta sabiduría aparejada a tanta impotencia. Veían las naciones vecinas elevadas a gran potencia en gracia de su buen orden y de sus buenas armas, y sobre todo por haber concentrado todos los miembros del Estado bajo una sola dirección. E intentaron hacer algo análogo en Italia. De ahí la serenísima liga de Lorenzo, y las ligas y contraligas de Julio; y habiendo fallado la tentativa de reunir en un solo haz de fuerzas los Estados italianos, y con el extranjero dentro de la patria, para echar a uno, llamaban a otros. De ahí las propuestas de milicias nacionales, para emanciparse de los caudillos, y ciertas órdenes de gobierno mixto que mantuvieran el equilibrio entre los descollantes y el pueblo.

Lo que en otras naciones era el natural resultado de la historia, en Italia eran combinaciones artificiales de ingenios sutiles. Y ningún ensayo tuvo éxito. Las ligas italianas fueron poco estables, porque eran alianzas de príncipes, sobre la base móvil de sus intereses. Las alianzas con los extranjeros convirtieron a Italia en el campo cerrado de todas las concupiscencias y de todas las insolencias, y acabaron como dice Guicciardini; al cual parece razonable que sólo *a zará potencia grande aquel que tratará de vencer a los menores y acaso reducir a Italia bajo una monarquía.*

Harto tarde se pensó en las milicias nacionales, cuando los caudillos ya eran los amos y el país era recorrido por infantes suizos y españoles, por lansquenetes, trotacalles y hombres de armas. Ni las buenas ordenanzas pudieron obtener la concordia de los ciudadanos, de suerte que —miserando espectáculo— todos los odiaban y todos los llamaban. Por ello no

fué posible ninguna propia y nacional resistencia, e Italia fué conquistada con yeso.

El problema vuelve, pues, a plantearse ante ti. Nunca se vió tanta sapiencia y tan alta inteligencia como la que hallas en los grandes hombres que entonces tenían en sus manos la suerte del país; políticos, filósofos, literatos, artistas, cuyas obras todavía llenan de admiración al mundo.

"Italia—narra Guicciardini al principio de su historia,—sujeta toda a suma paz y tranquilidad, cultivada, tanto en los lugares más montuosos y estériles, cuanto en las llanuras y en las regiones más fértiles, no sometida a otro imperio que al de sus propios jefes, no sólo era abundantísima en habitantes, mercancías y en riquezas, sino ilustrada sumamente por la magnificencia de muchos príncipes, por el esplendor de muchas nobilísimas y bellísimas ciudades, por la sede y la majestad de la religión, florecía en hombres excelentísimos en la administración de las cosas públicas, en ingenios muy nobles en todas las doctrinas y en cualesquiera arte preclara e industriosa, y no carecía, según la usanza de aquella edad, de gloria militar; y ornadísima con tantas dotes, mantenía merecidamente en todas las naciones nombre y fama clarísimos".

Las palabras de Guicciardini se refieren precisamente al momento de la crisis, cuando Lorenzo de Médicis, Fernando de Aragón e Inocente VIII desaparecían del horizonte y entraban en escena los Borgia, Alfonso de Aragón y Ludovico el Moro; y Carlos VIII bajaba de los Alpes iniciando un movimiento que debía terminar con la sujeción de Italia al dominio extranjero. Y al principio no faltaron ilusiones. En Venecia se decía que Carlos venía a *ver* Italia.

Nuestros astutos hombres de Estado confiaban en que mediante el ingenio y la astucia podrían vencer esa fuerza bárbara, y en el peor de los casos, oponer

extranjeros a extranjeros, estorbar y reprimir a unos con otros.

Todos veían el peligro, todos proponían remedios, y no se llevó a cabo nada. No faltaron las ideas, faltó la voluntad, la fuerza para realizarlas. Agudos los discursos, estupendos los escritos, débiles las obras: todo se redujo a tentativas infelices y aisladas, sin eco, sin expansión. Actos heroicos, no raros, de individuos aislados y de ciudades solas; nada que revelara vida colectiva y nacional. Y así no hubo reforma, ni alianza itálica, ni milicia nacional, ni buen orden ni buenas armas; y todo se redujo a buenas palabras y a buenos escritos. Discutiendo, escribiendo, Italia acabó por ser fácil presa del extranjero.

Esta singular impotencia itálica en medio de todas las apariencias de la grandeza y de la potencia certifica que el mal era más profundo de lo que suponían los contemporáneos y de lo que nos parecía a nosotros. Censuremos, si os place, la traición de Ludovico o la perfidia de Borgia, o la despreocupación de León X; la censura nada explica; el mal era tan grave que la bondad o la perversidad de los individuos podían muy poco. Digamos también que el sentido moral estaba obscurecido; las costumbres, corrompidas, sobre todo las del clero; las armas eran mercenarias; los odios de clase a clase, de ciudad a ciudad, irreconciliables; príncipes y partidos competían en recurrir a la ayuda del extranjero.

Con esta lúgubre descripción de los fenómenos de una enfermedad que Machiavelli llamaba la corruptela italiana, el problema en vez de resolverse se amplía, sin que sepamos por qué causas Italia, bajo las apariencias de la más exuberante salud, se hallaba en tal disolución o corruptela que al primer choque con los bárbaros lo perdió todo, hasta el honor, y durante varios siglos desapareció de la historia, con una caída

tan profunda que todavía hoy mueve a duda que haya resurgido de verdad.

El análisis de esta corrupción italiana, de sus elementos, de su universalidad, de su intensidad, de sus causas, de su desarrollo, de sus efectos, el carácter y la fisonomía que dió a la nación, y sus vestigios todavía visibles, y que nos impiden continuar avanzando, es materia aun no bien considerada y dignísima de estudio.

Esperemos el Machiavelli o el Montesquieu que escriba concienzudamente dicha historia, exento de las pasiones contemporáneas. No bastan para ello sapiencia y diligencia de historiógrafo; se requiere ojo metafísico que sepa asir entre la variedad de los accidentes los rasgos esenciales.

Quien contempla con tal ojo aquellos tiempos, verá en seguida la diferencia capital entre Italia y las naciones que debían elegirla para campo de sus luchas: Francia, Alemania, España, Suiza. Estas, después de una larga elaboración, llegaban entonces a un firme estado político; emergían de sus luchas internas, unificadas, ordenadas y más fuertes, mientras Italia se había constituído varios siglos antes, y realizado toda una civilización, fruto de aquella precoz constitución. Desde los días en que las Comunas se emanciparon, Italia afianzó su estado, el cual en medio de tanta diversidad de casos se mantuvo inalterado en sus lineamientos esenciales y produjo ese milagro de prosperidad, de grandeza y de cultura sin igual en las demás partes de Europa. En el reino, donde había prevalecido la forma monárquico-feudal, el movimiento fué superficial y sólo en las alturas, en tanto que las clases bajas continuaban en una condición estacionaria de ignorancia y de bestialidad: sin embargo, no podría afirmarse que la cultura italiana no tenía algún eco y alguna correspondencia en dichas partes. Pero en el

resto de Italia la libertad había puesto en movimiento todas las fuerzas, todos los intereses, todas las pasiones, y en varios municipios había hecho sentir su acción en los más bajos estratos de la sociedad. Esta concentración de fuerzas puestas en movimiento por estímulos tan gallardos, aceleraba al par que consumía la vida italiana, agotando a todas las clases, de modo que en breve tiempo se realizó su historia, maravillosa por la incansable actividad, por la extraordinaria excitación de las pasiones políticas, por el ardor y la ferocidad de las luchas, por la amplia participación de todas las clases a la vida pública, por la infinita producción en las industrias, en los comercios, en la agricultura, en los estudios, en las obras de erudición y de ingenio.

Fué como la vida de Aquiles, gloriosa pero breve. Para las demás naciones, la Edad Media fué una larga y fatigosa elaboración; para Italia fué civilización, toda la civilización que ella podía aportar. (1)

En la época en que habla Guicciardini, esta civilización alcanzaba la máxima perfección, que se manifiesta en el lujo y en la elegancia, con esa idolatría de las

(1) "El mensaje contenido en *De Civitate Dei* (de San Agustín) posponiendo los valores materiales a los espirituales, colocando la cúspide de la vida humana en la serena paz de Dios, precursora y promesa de una paz inmortal; indicando la economía de la verdadera civilización en la práctica del bien y en la esperanza inquieta de lo mejor; estimulando al esfuerzo constante para la consecusión de más vasta justicia, arrojó las simientes de aquella cultura medioeval, mística e idealística, que en otras épocas una erudición superficial se había complacido en maltratar y en befar, pero que en la actualidad muchos inclinan a considerar como una de las más altas manifestaciones del Espíritu, en el Mundo."—*Ernesto Buonainti;* S. AGUSTÍN, p. 69. ed. Formiggini, Roma, 1917.—(Nota de A. A. V.).

bellas formas, con ese sentido y gusto del arte, con esa grandiosidad y suntuosidad en las fiestas, con esa voluptuosidad en las diversiones, con esa delicadeza y gracia al escribir y al conversar, en los modos y en las costumbres, que son los signos indudables de prosperidad, de holgura y de cultura. Aquella rica, alegre y florida producción en tanta variedad de formas de la vida material, intelectual y artística, era no el principio sino el resultado, la espléndida conclusión, casi la corona de una gran civilidad, que en su rápido curso se consumía rápidamente: era el fruto de un capital acumulado, de una actividad anterior, cuyo estímulo había terminado.

Esta bella vida tan aparentemente rica de salud y de fuerza, tenía ya secas sus raíces, amenguadas como estaban en la conciencia todas las ideas religiosas, morales y políticas que la habían llevado a tal prosperidad; el imperio, el Papado, la libertad comunal, la grandeza feudal: de suerte que en tanto irradiaba tan vivos esplendores, la sociedad, políticamente y moralmente estaba disuelta. Lo mismo ocurrió con la época de Pericles, con el siglo de Augusto y con el de Luis XIV.

Falta de todos los estímulos espirituales, de los cuales era consecuencia esta última flor de su civilización, Italia vió marchitarse en breve, subsistiendo sólo como fuerza motriz de los hombres, los intereses materiales.

Faltaron al Papado, a los Comunes, a los Príncipes todos los altos fines por los cuales se apasionan y engrandecen los pueblos: el temple nacional se debilitó y se rebajó el carácter. Y así faltaron a la par todas las virtudes de la fuerza, la iniciativa, la generosidad, el sacrificio, el patriotismo, la tenacidad, la disciplina; y surgieron las cualidades propias de la flaqueza moral, aparejada a la mayor cultura y desenvoltura del espíritu; la disimulación, la malicia, la doblez y ese equi-

librio en lo ambiguo, en los términos medios, que aconsejan la prudencia y la paciencia.

Las teorías, los principios, las instituciones eran siempre las mismas, aceptadas en la parte exterior, mecánica y literal, magnificadas en los discursos públicos; convertidas en un lenguaje convencional, en casa y en la plaza, y negadas y contradichas en la práctica: hipocresía habitual hasta en los más conocidos por su libertad de pensamiento

Faltaba la fuerza de aceptar con sinceridad y de negar con audacia; la vida habíase trocado en una comedia, de la cual todos tenían conciencia. Como contraposición o protesta de una sociedad no resignada a morir todavía, abundaron grandes individuos, fuertes patriotas, pensadores audaces, reformadores firmes hasta el martirio, ciudades heroicas, hechos admirados y no imitados, solitarios, de poca o escasa eficacia sobre las multitudes. Ni bastó tampoco la presencia del extranjero en el país, o las ofensas a los bienes, a la vida, al honor, que suelen convertir en osados a los más timoratos, para despertar en aquellos pueblos una chispa de resentimiento y de vergüenza; antes bien, los debilitó por completo aquel espectáculo inusitado de salvaje energía.

Como acontece en los grandes males y en las imprevistas catástrofes, todos se desanimaron, todos los vínculos se aflojaron, cada cual proveyó a sí mismo, no pensando en los vecinos, o, más bien, pensando en sacar fruto de la ruina de ellos, hasta que todos estuvieron arruinados.

Y no faltaban clarividencia ni oportunidad en los remedios, y nunca el ingenio italiano se mostró tan fecundo en toda suerte de industrias y de sutiles percatamientos, de expedientes y de proyectos ingeniosos: no faltaba ingenio, faltaba temple.

Italia se parecía a un hombre que en la madurez del

ingenio se siente ya viejo por haber abusado de sus fuerzas. Y no es el ingenio, es el carácter o el temple el que salva las naciones. Y el temple se debilita cuando la conciencia está vacía y el hombre sólo es movido por el interés propio.

Pensando y reuniendo estas cosas, desde tiempo atrás, llegaron a mis manos las obras inéditas de Guicciardini; y hallé en la historia florentina y en las propuestas, y en los epistolarios, y en los discursos, y en los recuerdos, un tesoro tal de noticias y de observaciones que me maravillo no se haya ya agotado toda la edición, dado nuestro gran número de profesores y de estudiosos de historia. (1)

Y mucho me impresionaron, sobre todo, los *Recuerdos*, comparables a lo mejor que en su género se haya escrito. Lo que la natural prudencia, y la larga práctica de las cosas del mundo, y la doctrina, y la solitaria meditación, y el saludable recogimiento en los tristes y buenos accidentes de la vida, podía sugerir a un sagaz observador, todo lo hallas aquí condensado y

(1) Mas me informan que los editores no han ganado aún para cubrir los gastos de la edición, y que por ello se sienten poco dispuestos a hacer nuevos desembolsos, publicando la "Historia de Italia", según un manuscrito autógrafo de Guicciardini, que poseen. Y si se piensa cuán incorrecta, y en varias partes, alterada, o interpolada es la presente edición, por obra del profesor Giovanni Rosini, que ha querido, según dice, mejorar la dicción, se verá cuán ventajosa sería poseer la obra propia, integral, de Guicciardini, no juzgada por la censura medícea y barbarizada por el profesor Rosini.

Mas, si en otros países más afortunados y civiles los editores enriquecen, entre nosotros editar es empresa tan arriesgada que hay que pensarlo dos veces, aunque los editores fueran los nobles herederos del historiógrafo, Conde Pedro y Luis Guicciardini, y la edición fuera encomendada a la diligencia y a la doctrina de ese hombre egregio: Canestrini.

esculpido con rara energía de pensamiento y de palabra.

Y nunca he comprendido tan bien como durante esta lectura, en la que el historiógrafo, con perfecto abandono, se pinta a sí propio, y en forma de consejos te descubre sus pensamientos y sentimientos más íntimos, o, para decirlo con palabra moderna, su ideal político y civil del hombre; nunca he comprendido mejor por qué era entonces Italia tan grande y tan débil.

El hombre de Guicciardini—esto es lo que él cree que debería ser el hombre sabio—, es un tipo sólo posible en una civilidad muy avanzada, y marca ese momento en que el espíritu ya adulto y progresado expulsa la imaginación, el afecto y la fe, y adquiere absoluto y fácil dominio de sí. En este reino del espíritu el hombre sabio despliega todas sus fuerzas. Mucho ha aprendido en los libros, maravillosos de erudición y de doctrina; más no le basta. *Sabe cuán diversa es la práctica de la teoría; cuántos hay que comprenden bien las cosas y que no las recuerdan o no saben traducirlas en actos;* (1) *y cómo ninguno debe confiar tanto en la prudencia natural que se persuada que ella pueda bastar sin la accidental de la experiencia.*

Por ello la natural prudencia y la doctrina se aparejan con la experiencia, o sea con la *observación de las cosas.* Y todavía no le basta. Sabe asimismo que *la doctrina en cerebros débiles o no los mejora o los estropea.* Empero, la índole debe ser buena, tal que el espíritu no sea ofuscado por las apariencias de las impresiones, de las vanas imaginaciones y de las pasiones. Y cuando poseen estas buenas partes: la prudencia natural, y la experiencia, y la doctrina, y el

(1) "Sabio en los libros y zonzo en la vida", decíame una vez un estanciero de mi tierra. Un decir, centrífugo, cordialísimo.

cerebro no débil, *los hombres son perfectos y casi divinos.*

Tenemos, pues, que en nuestro hombre sabio, y en nuestro hombre perfecto, se aparejan lo accidental con el natural bueno, la doctrina y la experiencia con el cerebro *positivo* y prudente. Mas él tiene una cualidad todavía más preciosa, sin la cual todas las demás son de escaso fruto, y es la *discreción* o el discernimiento.

En los libros halla las reglas; mas es grande error hablar de las cosas del mundo indistintamente, y absolutamente, así, por regla; porque casi todas están sujetas a distinciones y a excepciones, y estas distinciones y excepciones no están escritas en los libros; antes bien, debe enseñarlas la discreción. Sin discreción, pues, no valen la doctrina ni la experiencia.

La doctrina te da las reglas, la experiencia te da los ejemplos; *pero es muy falaz juzgar por los ejemplos, ya que la más mínima variedad en un punto puede ser causa de grandísima variación en el efecto; y discernir estas variedades, cuando son pequeñas, exige ojo bueno y perspicaz.* Por ello, ¡cuánto se equivocan los que a cada palabra se remontan a los romanos! Antes fuera menester una ciudad condicionada como la de ellos, y luego gobernarse a su modo; lo cual, a quien posee cualidades desproporcionadas, resultaría tan desproporcionado como querer que un asno corra como un caballo. Pero nuestro hombre no confunde un asno con un caballo, porque la naturaleza le ha dado un ojo bueno y perspicaz, y lee a menudo en un libro suyo que Guicciardini llama *el libro de la discreción.*

Este es el hombre perfecto de Guicciardini, todo espíritu, y armado de tan fuertes armas, naturales y accidentales. No es suya la culpa si tiene conciencia de su superioridad, si desdeña al *vulgo,* y como italiano juzga bárbaros a todos los demás pueblos, y si bien

lo vea potentísimos y valerosos, confía vencerlos y trocarlos en instrumentos suyos con la fuerza del ingenio y de la cultura

Quien estudie con alguna atención este tipo intelectual, tal como ha surgido de la mente de Guicciardini, y que responde generalmente al estado real del espíritu italiano en aquella época, verá por qué nuestros hombres de Estado casi jugaban con los extranjeros, a quienes creían superar en inteligencia y en cultura, y en vez de temerlos confiaban en poder emplearlos para sus fines e intereses particulares.

—Vos sois entendido en armas, no en asuntos de Estado,—decía con orgullo Nicolás Machiavelli a un potente extranjero.

FRANCISCO DE SANCTIS

(*Versión de* ALVARO ARMANDO VASSEUR.

(*Continuará*).

EL SÁTIRO VIEJO

Galante sátiro que en carne rosameve
apagaste el ardor de tu sangre dionisia,—
yo te evoco en la primavera próspera de tu instinto
ebrio y somnoliento de la última conquista.

Yo te evoco, en la aurora de tu acechanza prócer,
sátiro de largos cuernos puntiagudos,
de vellón dorado,
de barba de trigo,
de boca sangrienta y dientes de lobo.

Yo te evoco,
sátiro magnífico,
de estatura herculina
nudoso de músculos y duro de carnes,
con tus pupilas fosforescentes,
tu selvosa testa
y tu olor a lujuria, a musgo y a sexo.

Yo te evoco, sátiro, atisbando la presa
entre laureles rosa o entre mirtos azules,
bajo el cielo nocturno del Archipiélago.

Yo te evoco, sátiro,
mordiendo la hierba
que pisó la sandalia
de Venus.

Yo te evoco, sátiro, florecido de rosas,
orgiástico, ojeroso, lleno de sueño,
oliendo
a miel, a fango, a vino y a sexo.

Yo te evoco... mas triste,—eres tan viejo!
Están secos tus labios,
tus ojos húmedos
color de légamo.
Está tu barba agrícola,
cenicienta,
enarcada tu espalda,
decadentes tus cuernos,
arrumados tus músculos.

Pobre sátiro amigo, nostálgico, sin sueño,
casi a flor de la piel
llevas el esqueleto.

Oh dulce Primavera!—
fugar de gratos céfiros;
oh, savia que revives
tu holgorio de seis meses!
(Maternales quejidos tiemblan en la dehesa
y los toros bravíos
mugen como en las églogas,
y las rubias zagalas,
de florecientes piernas,
suspiran sin motivo, cuando las gaitas suenan...)

Oh dulce Primavera
providencial, que tienes
un tesoro inexhausto
de polen en los pétalos,
que tiendes tu sonrisa
como un lazo a las hembras,
que enciendes de cantáridas
el sopor de las siestas,

y sumas cual guarismos
los cuerpos con los cuerpos,
y haces que el trigo se hinche
y la espiga reviente
y las ovejas sufran
excesivas preñeces;—
oh dulce Primavera,
ubérrima y serena
emperatriz del cetro florecido,
te impreco,
por la roja Afrodita
y la rubia Cibeles
y la nivosa Juno
y la azúrea Minerva
y por el agua sacra
de las surgentes Pierias,
devuelvas al caduco
sátiro de la selva,
su lozano prestigio
de juventud y nervio,
su belleza herculina
y su selvosa testa,
los nudos de los músculos
y la rosa sangrienta
de su boca de lobo
de "luminosos dientes",
apta para el mordisco,
el suspiro y el beso...

—Oh sátiro, tu sangre
olímpica está muerta...

—Viejo sátiro amigo,
ya no sufres ni sueñas:
feliz de ti que tienes
el corazón de piedra!

PABLO DE GRECIA.

UN HOMBRE

Este último novio que he dejado me ha dicho:

—A pesar de la herida que infieres a mi alma, yo no puedo guardarte rencor: quiero ser tu amigo, tu amigo del corazón.

Esto me lo han dicho dos, cinco, diez, todos los novios que he dejado.

Pero Dios mío—pienso—¿es esto degeneración, elevación del espíritu, qué es? ¿Pero es que puede una ilusionar a un hombre, dejarlo un buen día y éste quiere seguir siendo su amigo? ¿O qué entenderán por amigo, toda esta gente?

Sinceramente: yo no me siento amiga así porque sí, de alguien que no piense como yo. Hermana, puede ser. Amiga, no.

Y cuando oigo a uno de estos ex novios "quiero ser su amigo del corazón", me dan unas ganas locas de sacudirle por los hombros y gritarle, yo creo que hasta con lágrimas de desesperación en la voz:

—Guárdate tu amistad. ¡Qué notable! Amigos... sí, estoy harta de amigos del corazón, del alma, del cerebro, del estómago, del bolsillo!

¿Amigos? A mí me hace falta un hombre; pero un hombre mío y no del qué dirán; un hombre para mí sola y no que sea también para mi socia la literata que llevo en la cabeza, o para mi socia la niña elegante que llevo en mis vestidos. Guárdate tu amistad, pobre diablo que no supiste ser mi hombre. ¿Amigos? ¿Para qué los quiero?

A mí me hace falta un todo un hombre. Y después, enemigos.

HERMINIA C. BRUMANA.

ALABA AL GORRIÓN...

Yo te reverencio gorrión, símbolo de la hora. Encarnas admirablemente en pájaro, un hombre de nuestros días. Eres un dechado de malas cualidades, tienes todas las características de un triunfador.

Un tubo digestivo sobre unas patas bien provistas de uñas; un pico fuerte, un estómago admirable, un ojo avizor; un tono de pluma de mimetismo perfecto, una audacia sin límites, una "confianza" que me asombra.

Los mayores problemas que nos agitan en este momento crucial de la historia, tú los has resuelto franca y llanamente.

¡Qué se tome tu ejemplo!

Vives en la casa del vecino; al vecino le confías que empolle tus huevos, y en pago, si tienes hambre, le comes los hijos que él amparó con su calor junto con los tuyos.

También el huésped engañado te criará luego los hijos. Haces la crianza de amas, como nuestros matrimonios de hoy que van al *Dancing*.

Has ahuyentado de tu radio de acción al chingolo que tenía la debilidad de cantar perdiendo miserablemente bocados y que tenía recatos de buen criollo; y a la ratonera que dejaba pasar las horas peinando su plumón sutil y se extraviaba romántica y tonta bus-

cando para su nido la perfumada madreselva becqueriana...

***

Yo te reverencio gorrión cuando te veo todas las mañanas —mientras espero el tren que me lleva a mi oficina— el pájaro de la civilización; tú sabes trepar sin miedo sobre un eléctrico en marcha y revoloteas seguro alrededor del "Ford", feo, traginante y chillador que avanza

Emigrante que ha prosperado; nuevo rico; metido en todos lados; audaz; vividor; alado dueño de auto, —recuerdo bien como en Río de Janeiro en vez de ir a dormir en el retiro del morro cercano donde los árboles florecían, brillaba por la mañana el rocío y se contemplaba una admirable salida del sol, — ibas a pernoctar en los arbolitos rapados del Largo de Carioca, de cuyo asfalto subía penetrante un vaho de nafta sucia, pero donde podías engordar con grata facilidad, aunque sea disputando la pitanza a la escoba de los barrenderos oficiantes en aras de Hygeia.

¡Hic et ubique!

***

Yo te reverencio gorrión, pico bravo, estómago admirable, sin escrúpulos, sin cantos, sin ideal, símbolo de la hora, pájaro de nuestra civilización!

J. M. Fernández Saldaña.

MELANCOLÍA

Mi cuartito está oscuro y triste.
(¿Por qué no viniste?)

Te he esperado en vano,
temblorosa la mano,
el cuerpo cálido,
pálido
de emoción;
haciéndome el dormido cuando me parecía
que te sentía...
(y cómo me latía
el corazón!)

Estaba tan contento,
si supieras; estaba tan hambriento
de toda tu frescura contra mí,
y...
Estoy triste, triste.
¿Por qué no viniste?
Creí sentir mil veces el ruido de tus taquitos,
el caminar furtivo de tus zapatitos
altos, de charol;
y los ojos cerrados sobre la almohada,
tu cabecita rubia, tu cabeza adorada
contra la mía, mi pequeñito sol.

Sin tu dulce presencia mi vida es tan dura...
Sabes, el contacto de tu almita pura

y tu carne sana,
es como esa vaga lumbre que ilumina mi pieci-
[ta oscura,
por entre las tablitas grises de la persiana.

Un reloj lejano da las once.
Yo estoy acostado en mi cama de bronce,
los brazos cruzados sobre el pecho.
(¿Por qué no viniste? ¿Qué te he hecho?)

. . . . . .

En mi cuartito de soltero,
las cosas han tomado un aire austero,
casi desolador.
(Soy todo tuyo, mía, mía, mía).
Remachando la atmósfera triste y fría,
late con infinita melancolía,
el corazoncito del despertador.

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ.

1920.

LA CULTURA FILOSÓFICA

1.º Defensa de la filosofía.

Está de moda atacar todo lo que pueda ser metafísica o huela a espíritu. En esos ataques hay mucha injusticia bajo una aparente razón. Los hombres, por lo regular, desprecian lo que han de ensalzar al día siguiente. Los cartesianos, por ejemplo, se desinteresaron de los estudios que no podían reducirse a geometría; y actualmente se ataca todo conocimiento que no aparezca controlado con el microscopio o los reactivos.

Hay, sin embargo, una razón fundamental que justifica ciertos ataques dirigidos contra la filosofía: ésta comprende demasiados problemas, y son objeto de la filosofía investigaciones de naturaleza muy diversa; en muchos casos prescinde de los otros conocimientos y pretende, con una jactancia ridícula, imponer normas que la ciencia conceptúa imposibles.

Desde que el hombre puso en juego su actividad de conocimiento se han producido las más disparatadas y extraordinarias concepciones; porque en general se tiene tendencia a encontrar aceptable todo lo que pueda favorecer nuestro interés. La naturaleza misma de los conocimientos filosóficos, que no son verificables materialmente, ha favorecido la tendencia que se señala. El abuso del ingenio ha aumentado el mal.

Por otra parte, el estudio de la filosofía histórica se toma por un conocimiento de verdad y así continúa el desprestigio.

Lógico es que los químicos, por ejemplo, queriendo indicar el modo cómo se ha llegado a la ciencia actual, presenten la evolución de la misma, desde la alquimia a las hipótesis modernas, a las experiencias de laboratorio; pero a nadie podrá ocurrírsele, como base de ataque a la química, el hecho de que algún día se haya creído muy seriamente en la trasmutación de los metales (que no estaría muy lejos de ciertas doctrinas actuales sobre la constitución de la materia); o como base de ataque a la medicina, todos los errores que se le atribuyen, desde las teorías de las virtudes hasta el criterio animista de Stahl y sus discípulos.

Ese estudio de historia de las ciencias tiene interés para indicar la forma cómo se han adquirido los conocimientos actuales.

La separación entre el estudio histórico y el estado actual no aparece clara, en filosofía como en ciencia, por culpa de los mismos filósofos que confunden generalmente la erudición con la filosofía. Habría que hacer, sin embargo, una distinción clara entre los estudios que significan aumentar la cantidad de conocimientos, y el análisis de los esfuerzos que se han intentado para llegar al estado actual.

Se toma la erudición como una finalidad, y se prescinde lo más posible de los otros conocimientos. Mucho de lo que sabemos hoy de la filosofía consiste en una reedición de viejas doctrinas, y de esas viejas doctrinas no todas merecen el honor de ser resucitadas. Despreciada la filosofía por la generalidad, ha caído en manos de una mayoría de mentalidad corriente, que no puede cultivarla en el nivel a que debería mantenerse siempre para que tuviera eficacia.

Y sobre este error están fijos los ojos de todos.

No damos importancia a lo inútil que se amontona en ciencia, pero concedemos valor principal a lo inútil que se fabrica en filosofía. Pueden acumularse los enormes volúmenes de descripciones de aves, insectos, al estilo de esos fatigosos catálogos del "British Museum", por ejemplo, sin que a nadie se le ocurra que eso sea esfuerzo que podría emplearse en otra obra; y sin que se piense al mismo tiempo en hacer cargos a las ciencias naturales por ese derroche de energía inútilmente hecho.

En cambio, se ataca rudamente el artificioso trabajo de algunos moralistas haciendo culpable de ello a la moral; o a las ingeniosas construcciones sobre el conocimiento, la vida, el espíritu, que constituyen lo fundamental de la metafísica.

Es que la filosofía tiene también sus "catalogadores" y tiene los que llevan al estudio solamente una mediocre paciencia, ó una buena voluntad sin inteligencia, que les hace perder de vista una finalidad que escapa a sus criterios

Son esos espíritus corrientes que en filosofía pretenden sea ella directora de la ciencia, y que en ciencia se extasían por todo lo que es palpable, y sólo por lo que se puede verificar con el microscopio o los aparatos de laboratorio.

2.° Desplazamiento de la filosofía. Esta tiene más finalidades prácticas que las que se les reconocen.

Le ha faltado a la filosofía un campo propio: y pretende casi siempre abarcar demasiado. Está ahí la primera tarea que debe hacerse. El que estudia para sí no lo necesita tanto como el que estudia para enseñar. Esa enseñanza debe tener un valor efectivo. No diré valor práctico porque comúnmente se entiende por eso la adquisición de conocimientos necesarios pa-

ra utilizarlos directamente con el fin de obtener una ventaja económica. Se estudia, así, medicina para curar; vale mucho la bacteriología porque se puede dar origen a la higiene; y ésta porque permite al hombre evitar enfermedades; se estudia derecho para ser abogado, o sea trabajar con el derecho positivo, etc., etc.

Desde este punto de vista no puede verse la importancia práctica de la filosofía, y principalmente de la metafísica.

Pero puede haber una finalidad práctica un poco más elevada que todo eso y ella consiste en aumentar la cantidad de conocimientos cualquiera que ellos sean, ya que el hombre, por constitución espiritual, está organizado de tal modo que tiende a aceptar cada vez más la cantidad de interrogaciones que se le presentan.

Es ya viejo aquello del filósofo griego que se entretenía en estudiar las secciones elípticas de un cono, estudios perfectamente inútiles pero que muchos siglos más tarde iban a permitir a Kepler formular las leyes cósmicas. Hay una tercera finalidad práctica en la adquisición de un conocimiento por sí mismo, por el hecho de que en sí mismo es útil: para comprenderla es preciso desplazar un poco de criterio de utilidad y hacerle perder el carácter de subordinación que tiene siempre en las dos formas anteriores, y que ha originado el prejuicio de que las ciencias son las únicas que pueden dar conocimientos útiles. En una palabra, puede existir utilidad en amplificar nuestro espíritu, pero más que nada puede haber utilidad en responder a las interrogaciones de nuestro espíritu.

A menos que se esté en el caso de las mediocridades felices que se extasían ante las maravillosas creaciones que otros hombres han hecho, alguna pequeña parte de actividad tiene siempre el espíritu, y esa actividad fatalmente ha de rebasar lo que pueda ser concretamente verificado.

Pero no se trata de ponernos a observar cuidadosamente esa actividad con el espíritu enfermizo que tanto molestaba a cierto pensador cuando se acordaba de Amiel. Se trata de estudiar un problema serio y concreto que puede tener, pensado sinceramente, un gran alcance para cada cual

Mas este estudio no puede estar desprovisto de cierta aplicación práctica Los resultados extraordinarios de la voluntad en la acción, y el espíritu que realiza acciones que sobrepasan todo cálculo, son ya finalidades interesantes, y que tampoco tendrían por qué estar ni reñidas, ni subordinadas, ni dominando a la ciencia. (Como ejemplo de la influencia de lo filosófico sobre lo científico, podría, sin embargo, verse la influencia de Bergson en los estudios de neurología) Y principalmente, todo lo que significa encauzar o indicar la forma cómo actúa nuestra personalidad, criterios o criterios de lógica, no pueden dejar de tener una base fundamental de práctica, en el último sentido indicado.

3.° Un error. La filosofía no ha tenido en cuenta la actividad práctica.

Sin duda es exageración dar importancia tan fundamental a una gran parte de los sistemas morales, y ellos han perdido mucha influencia.

Observa Papini con un criterio algo exaltado, que el signo de la bancarrota de la vieja filosofía está en que "tanto el idealismo Berkeleyano que niega de palabra la materia, y el materialismo Buchneriano, " que niega de palabra el espíritu, se comportan, en " la práctica, delante de aquello que se acostumbra " llamar *mundo externo*, del mismo modo".

Moralistas y lógicos principalmente se pertrechan con todas las doctrinas, esquematizan todo, y salen satisfechos a la conquista de la acción superior. Hay

algo de aquel bravo espíritu simple de Tartarín de Tarascón que salía con todo su arte de matar leones en el espíritu, y que solamente conseguía de víctima a un borriquillo.

Para escapar a esa innocuidad debería darse a la filosofía, como carácter que no se prestara a discusión, el de servir de organizadora de la actividad humana. Los defectos de actividad perjudican la manifestación de nuestro pensamiento, y perjudican también cualquiera forma de acción que se intente.

Es un defecto de actividad el que hace tan cerrados y orgullosos a los que dan forma científica a concepciones vecinas de la despreciada filosofía, como es defecto de la actividad mental el concebir la organización social como un problema simplista.

Con esto último aparece más la función de la filosofía en lo actual, y que consiste en contribuir a resolver los problemas sociales, que deben tener carácter propio como lo tienen también todos los problemas de la mentalidad.

4.° Verdadera utilidad de la filosofía.

Dejan de ser de este modo los estudios filosóficos tarea sencilla de imaginación o de ingenio, y la filosofía histórica, como la historia de las ciencias, nos servirá para indicarnos solamente de un modo comparativo, qué es lo que se ha adquirido por el espíritu humano después de tantos esfuerzos y de tantas teorías.

Esta sería la importancia en general de los estudios históricos.

Con respecto a nuestro ambiente aparece una ventaja más. No tenemos el problema del estudio de las humanidades. No tenemos el lastre que da a las ideas y sentimientos de los pueblos una tradición que impide se ande a tumbos; nos falta la sensatez que surge de ver bien claro cada problema y que pone un poco de escepticismo irónico para todo afán de hacer por el simple hecho de hacer, por decir que se innova, y sin que haya la necesidad de la acción orientada en un sentido. Tenemos demasiado vivo el culto a lo moderno y a lo último.

Conviene poner un contrapeso a ese modo de ser, y creo que los estudios filosóficos podrían enseñarnos un poco a plantear los problemas sociales y mentales como otros tantos problemas serios que deben estudiarse y resolverse con sensatez igual a la que podrían darnos los criterios científicos; a no abusar del ingenio porque esa clase de problemas requieren algo más que un juego de palabras, una exaltación oratoria o un sentimentalismo impresionante; y sobre todo podría servir esto para dar carácter a la personalidad, carácter propio que falta casi siempre.

ANTONIO M. GROMPONE.

ADIOS

Era un orgullo de varón amante
mi lloro sin consuelo;
inconfundible signo de poeta;
de cándido; de bueno.

Yo dí, en amar sin tasa,
mi corazón entero:
río de amor que hacia la mar corría
traslúcido; sereno;
dulcemente fatal. Por tus encantos
ardió mi juventud como un incienso
que al cielo alzó sus espirales, ¡vanas!
pues tu desvío, luego,
hizo un derrumbamiento fabuloso
en este pecho,
que ama con intuiciones de poeta;
de cándido; de bueno...

Era un orgullo de varón amante,
mi lloro sin consuelo:
primero te soñé mía y por siempre;
cifré después lo eterno
en mi llorar por el Edén perdido;
y, como el sabio lírico, yo, ingenuo,
lloré "lo no venido por pasado".
Así pasé mis tiempos,
hasta que una mañana jubilosa

me levanté sonriendo,
y me sentí tan optimista y joven
que me desconocí; miré hacia dentro
del corazón, y vi que ya no estabas
en él; y en mi recuerdo,
ya tu perfil era un vellón de nube
llevado por el viento
trágico del olvido;
y dí en llorar y en suspirar de nuevo
al ver que me quedaba sin historia,
sin fantasía; hueco:
¡Como el alma de un pobre
niño que no ha escuchado ningún cuento!

Tú me dijiste: Adiós,—ha muchos días—
y me quedé llorando y en silencio;
pero ya he recobrado la palabra:
otra mujer, el hueco
llenó, que me dejastes en el alma;
y, a fuer de caballero,
tomo la lira que cantó tu encanto
y te respondo en verso:
—Adiós; y que los hados generosos
te den por dueño
un hombre con entrañas de poeta;
de cándido; de bueno...

PEDRO DEL RIVERO.

GLOSAS DEL MES

La Academia no es castiza...

Repetidamente, en las columnas de esta publicación, sus colaboradores hemos zaherido a la gramática y a los gramáticos. Esa venerable señora nos es muy antipática. En cuanto un crítico tiene hechuras de dómine, su juicio ya no nos interesa. Porque por encima de todo lo gramatical, llámese sintaxis u ortografía, hay cosas mucho más sugerentes: la idea, el talento, el aura convincente y triunfal del genio.

No es que nos guste el lenguaje deslavazado, no. Cuanto más limpio, claro y expresivo es el estilo, más nos capta. Pero, lo dijo Víctor Hugo: la gramática aplasta la poesía. No es el vaso lo que más nos debe preocupar. El recipiente es una cosa secundaria. El contenido del vaso, vale decir: la esencia, eso ya tiene otra monta. Mas hay algo interesantísimo para nuestro comentario. Y esto es el juicio de Julio Cejador sobre la Academia. Copiemos párrafos arrancados a una carta abierta que publica "La Tribuna" de Madrid:

"Tiempo ha debía haber aconsejado nuestra Academia que llevasen al lenguaje literario los escritores todo el caudal de palabras usadas en las diversas regiones de habla castellana; que los de Valladolid hablasen vallisoletano, aragonés los de Aragón, andaluz los andaluces, montañés los santanderinos, murcianos

los de Murcia, criollo los americanos. Porque como todas esas maneras de hablar son castizamente castellanas, ese es el único camino para limpiar el habla literaria de galicismos, de latinismos y de pedanterías muertas y podredumbres extrañas. Es el único camino para que sea puro castellano el lenguaje literario y tenga espíritu castizo, propio y nativo, dejando el espíritu francés del siglo de Luis XIV que la Academia le ha venido infundiendo. Ese es el camino para que el habla literaria sea viva, no apartándose del hablá viva popular."

Para Julio Cejador, la Academia no tiene espíritu y si lo tiene, éste es anticientífico y antiespañol. Los académicos españoles piensan más que en el porvenir del idioma, en sus dietas burocráticas. Los hay sin condiciones lingüísticas. Háilos que de filólogos sólo tienen lo poco que adquirieron después de incorporarse a la Academia. Es interesante esparcir estas cosas para que los literatos americanos recobren su espíritu de independencia y se preocupen menos de la crítica hecha a base de análisis gramatical. Julio Cejador, como filólogo es un sabio y como crítico su autoridad no la desconoce nadie. Y, sin embargo, Julio Cejador escribe de esta guisa:

"No hay criollo más criollo que el habla de los gauchos. Pues bien: no hay habla más castizamente castellana que el habla gauchesca. Esos sí que no emplean galicismos ni latinismos, como los borrajeadores de periódicos en América y España. Antes el habla gauchesca y el criollo de toda América retraería el idioma literario hacia sus fuentes, y casi escribiríamos como en el siglo XVI. Porque apenas differe del habla del siglo de oro el habla popular de América y de España. El que se apartó de ella es el idioma literario, por imitar el francés y por allegarse al latín. Y quien más ha hecho por esta deformación y desnacionaliza-

ción del idioma ha sido la afrancesada Real Academia Española."

No hay en la península crítico alguno tan enterado de las letras americanas como Julio Cejador. Su "Historia de la Lengua y la Literatura Castellana", con todas sus deficiencias, punto menos que insalvables, quedará como un monumento. Por eso es importante oirle decir:

"Los gauchos y los criollos americanos en general hablan castellano más castizo que los señores académicos. Luego, lo mejor que pueden hacer los criollos, para ser castizos y castellanos viejos, es escribir en criollo. Los señores académicos serán los que entonces queden en descubierto, pues todo el mundo verá que escriben medio en francés y medio en latín, y que los que escriben en limpio castellano son los criollos. Abro el "Martín Fierro" al azar:

"Pegue un brinco, y entre todos,
sin miedo me entreveré;
echo ovillo me quedé
y ya me cargó una yunta,
y por el suelo la punta
de mi facón les jugué.
El más engolosinao
se me apió con un achazo,
se lo quité con el brazo;
de no, me mata los piojos;
y antes de que diera un paso
le eché tierra en los dos ojos.
Y mientras se sacudía
refregándose la vista
yo me le fuí como lista
y ay no más me le afirmé,
diciéndoles: "Dios te asista",
y de un revés le voltié.

Pero en ese punto mesmo
sentí que por las costillas
un sable me hacía cosquillas,
y la sangre se me heló.
Dende ese momento yo
me salí de mis casillas."

"Bastan estas tres estrofas. En cualquier tertulia de café, donde se juntan personas de varias provincias, estoy seguro que, si se lee este artículo, saltarán todos diciendo que así se habla en su tierra. Donde no se habla así es en la Academia".

"¿Qué académico es capaz de escribir y ni aún de decir hablando: "me entreveré", "echo un ovillo", "jugué de mi facón", "engolosinao", "se me apió" o "se me apeó con", "de un revés lo voltié", "mesmo", "dende", etc., etc.?

"Yo no sé cómo dirían esas cosas los académicos; pero a buen seguro que las dirían más a la francesa y no sabrían dar esas admirables pinceladas que encierran los idiotismos y frases castizas de que están llenas y cuajaditas estas estrofas. Ellas son literariamente maravillosas, y nada más que por el empleo de esas frases. Pónganse otras galicanas, y desaparece su valor estético. Luego, todo literato debe alegrarse de que los americanos escriban ese criollo, y todo lingüista, nada menos. Porque ese es lenguaje vivo, no palabras muertas, sacadas del diccionario latino o traídas de allende. Y ¡qué diré del español? ¡Qué español no salta y brinca de gusto al saber que así se habla allá por las pampas americanas? ¡No se habla así en Córdoba, en Extremadura, en Toledo, en Zaragoza, en Burgos, en Santander? Venga, pues, ese lenguaje criollo a limpiar el idioma literario de las sandeces eruditas con que lo emporcó la Academia, pretendiendo limpiarlo, fijarlo y darle esplendor."

Y luego:

"No se limpia el castellano haciéndonos decir: "doctor, obscuro, examen, septiembre, perfecto, mismo, substituto, monstruo, extraño". El pueblo americano, el pueblo español y nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII decían y escribían y dicen todavía vulgarmente: "dotor, escuro, setiembre, perfeto, mesmo, sustituto, mostruo, estraño". Díjose, y escribióse, y se dice: "dino" y no "digno", "trujo" y no "trajo", "engolosinao" y no "engolosinado". Frases castizas y gráficas son: "hacerse un ovillo", "jugar de la faca", "apearse con", "echarle tierra a los ojos", "hacerle cosquillas el puñal", "helársele la sangre", "salir de sus casillas". Y yo quisiera saber cómo se dicen esas cosas tan linda y gráficamente en gabacho y en el chapurrado periodístico agabachado y en el planchado lenguaje de los discursos académicos. Venga, pues, el habla criolla a remozar el lenguaje literario antiguo y moderno popular, que es todo uno, y a limpiarlo de galicismos y de academiqueces. ¡Ojalá escribieran los argentinos ese criollo o castizo castellano y les imitaran las demás regiones americanas y españolas! ¡Entonces sí que se enriquecería el diccionario literario y ganaría la literatura, y se purificaría el lenguaje escrito!"

A Cejador no le gustan, como no le gustan los académicos españoles, los escritores "exquisitos" de América que alquitaran su estilo con la literatura de París. Le entusiasma el escritor popular, el que escarba en el habla viva soterrada del gaucho o del provinciano español. Porque, como bien dice, en cuanto queremos apartarnos del pueblo, no hacemos sino echar por los cerros de la erudita pedantería, de lo deleznable y de lo artificioso.

VICENTE A. SALAVERRI.

Notas bibliográficas

Un teatro en formación, por Juan Pablo Echagüe —Buenos Aires — 1919

Aparte un pequeño detalle que queremos salvar y que se refiere a la denominación de "teatro argentino" y de "teatro nacional", con que autor, editor y prologuista llaman a lo que en verdad es teatro rioplatense,—puesto que nuestra contribución forma allí las mejores páginas y que es innegable que Florencio Sánchez, Arturo Jiménez Pastor, Víctor Pérez Petit, Otto Miguel Cione, Vicente Martínez Cuitiño, etc., son uruguayos de cuerpo entero,—todo lo demás en este libro es admirable.

Admirable el prólogo de Francisco García Cálderón, ese sutil espíritu americano impuesto ya en Europa por "su pasión de comprender", como dice Gonzalo Zaldumbide; admirable el arte de Juan Pablo Echagüe, cuya pluma recuerda los mejores cronistas franceses de la época, Faguet o Blum; admirable la crítica, llena de facilidad harmoniosa y aristocrática, que castiga sonriendo, como en la frase latina.

Echagüe proclama en sus crónicas la orientación del teatro nacional hacia el estudio de costumbres, la observación, el análisis; vale decir, la recusación del teatro gauchesco y compadrón que repugna a los espíritus no ya finos sino mediocres, sirviendo sólo para aguijonear los bajos instintos populares. Creemos que su tesis es la que vale, la que debe propiciarse con fervor para desviar la línea peligrosa y levantar el teatro rioplatense.

Un crítico francés, cuyo nombre olvido en este instante, decía hace poco de una nueva crítica teatral, que no se interesa por el drama en sí o por la fisonomía literaria del autor, sino que se preocupa por la semblanza moral e intelectual del público, convirtiéndose de crítica literaria en crítica sociológica. La pieza teatral viene a ser así, en la modernidad de la hora y para la exigencia de esa crítica, la observación de un documento, el reflejo de una vida, la naturaleza de las almas,—antes que la intención personal o la tesis filosófica.

Echagüe, con ese fino espíritu que le caracteriza, no ha olvidado esa faceta de su labor crítica, y recuerda frecuentemente a los auto-

res el alma colectiva de su auditorio, para el que desea la salud y la virtud de la cultura, más de una vez desnaturalizada por el extranjerismo y la amoralidad.

Falta hace en nuestro ambiente uruguayo un crítico teatral con tal enjundia y tal criterio. Sin embargo, el recuerdo de Samuel Blixen perdura todavía y pudiera decirse que aún hay quien escucha su palabra. Se necesita únicamente la presencia material de quien fustigue las inclinaciones siempre fáciles hacia los géneros subalternos, redimiendo con energía la pureza de un teatro que puede triunfar brillantemente sin caer en la falsedad, en el vicio, en la risotada o en el mal,—que tanto dañan y perjudican—creando apenas héroes momentáneos y éxitos efímeros en contraposición al teatro clásico, para cuya dignidad fué oficio sagrado crear personajes inmortales, escenas culminantes, sentimientos castizos, universales o regionales.

Mucho habría para decir alrededor de las mil y una cuestiones artísticas que suscitan las crónicas de Echagüe, sobre todo si las tomamos en su carácter verdadero y las comentamos en todo su horizonte. Sólo vamos a recordar aquí la hermosa conferencia sobre el teatro platense, que Echagüe agrega al final de su libro, y donde explaya parte de su anhelado programa artístico, compartido sinceramente por nuestro afán lírico y esperanzado.

No cabe otra cosa, al fin de estas impresiones ligeras, que prometernos para un día cercano, un ensayo, modesto y humilde por ser nuestro, sobre el teatro uruguayo, confundido en sus orígenes y, en su desenvolvimiento con el teatro argentino, no poco diferente después de todo, en el fondo y la forma, por causas múltiples y órdenes diversos.

Siga, en tanto, el ilustre Juan Pablo Echagüe, discerniendo valores, analizando tesis, estudiando géneros y autores y públicos, desde la alta tribuna de "La Nación", que así contribuye con eficacia,—como dice García Calderón,—a pulir el bloque formidable y a conciliar la fuerza y la gracia, el sentido de la tierra y el mensaje de las estrellas, el alma de las sociedades y el hervor de la vida en la grandiosa exaltación civilizadora de estos pueblos criollos, que el destino encamina a reemplazar a los viejos y caducos centros que polarizaron la cultura y el progreso universal.—**T. M.**

Poemas del silencio.—José Carduz Viera.—Rocha.—1920.

Los canelones que habían en el patio cortaban como en un tríptico el mar cabrilleante y el cielo azul, la laguna con sus aguas dormidas y los médanos color de rosa viejo, los cerezuelos adornados de espinosos montes y el vecino palmar. Esa visión de la que fué mi casa aparece ahora, cerrando los ojos al concluir este libro, y también aparecen las obsedantes luces de los faros, y la visión de los transatlánticos iluminados, allá por el horizonte negro, como unos monstruosos gusanos fosforescentes.

Rocha, con su esplendor intacto, los vientos limpios de humo de locomotoras, el encanto bíblico de sus tierras pastoriles, la atmósfera visionaria que todo lo envuelve y que ahonda el alma tanto, tanto, que nuestro tesoro de ensueños con frecuencia no bastaba, y nos íbamos a abrir el pecho hacia el espacio libre, recostándonos al alambrado del camino de Castillos Del mar desflocado en espumas rutilantes nos venía con la onda tónica gran golpe de cosas inexpresables, dulces, como si las cantaran algunas sirenas extraviadas en el litoral inhóspito . .

* * *

De aquella tierra nos vino este libro ingenuo, de simplicísima armonía, tal como el murmurio arrancado por la brisa en sus juegos con las frágiles cañas. El alma de Carduz Viera ha sonado así: bien dispuesta por indiscutibles circunstancias ambientes se ha estremecido con elogioso impulso juvenil, y por eso el libro es ingenuo, pues las sensaciones que han ondulado su cordaje nervioso, todavía no traen dolores, ni esperanzas violentas, ni otras rudas alternativas; es decir, lo necesario para infundir en el verso tal bizarra expresión, que de ella sólo resultan su sentido y su timbre.

De Carduz Viera esperamos ese verso, pues sufrirá, que para eso nace todo varón; y será dichoso, pues la ilusión, señora no mezquina, ha de obsequiarle sus mágicos bálsamos; entonces su alma, que aparece bien dispuesta, cantará en la atmósfera visionaria de aquella tierra hermosa, otros poemas cuyo alto mérito desde ya profetizamos.

* * *

Completamos nuestra opinión sobre este libro aconsejando a Carduz Viera, con intención cordial; y para exactitud del pensamiento, ya que nuestra humildad flaquea en esta labor atrevida, transcribimos de una balada de Paul Fort, pues mucho mejor será. "Contemple, soi ta chose, laisse penser tes sens, éprends-toi de toi-même—épars dans cette vie.—Laisse ordonner le ciel à tes yeux, sans comprendre,—et cree de ton silence la musique des nuits"

Sí, joven amigo, cree usted de su silencio, del verdadero silencio, que la vida hará lo demás: pues ya tiene usted la fortuna de cantar en esa tierra de esplendor intacto, de vientos limpios de humo de locomotoras, de tierras pastoriles con encanto bíblico, de atmósfera visionaria que todo lo envuelve; tierra de la cual siempre pensamos y hablamos con el corazón conmovido.—**B. S.**

Primeros vuelos, por Carlos Roosen Regalia.—Montevideo.—1920.

No puede concluirse de leer este libro sin sentirse apenado por la temprana desaparición del autor; porque si alguna vez se ha hablado con justicia de esperanza malograda es en este caso.

Muerto a los veintiún años, desconocido literariamente, sus amigos han coleccionado y dado a publicidad una serie de pequeños poemas en prosa; ¡primeros vuelos de un alma casi adolescente que fueron también los últimos!

Ignoramos si en este libro está toda la herencia literaria de Roosen Regalía; pero aunque así sea es bastante para que pueda afirmarse que hemos perdido un artista en el significado más estético del vocablo.

Resalta en "Primeros vuelos" un deseo que es sello de mente superior y fuerza madre de prodigios: el de ser original. Es claro que muchas veces, por esto mismo, resulta confuso y no puede desentrañarse el sentido metafísico y, algunas veces, hasta el simple sentido de sus poemas, así como también se nota a la legua la artificiosidad de sus elementos constructivos; pero es mucha exigencia pedir a veintiún años originalidad y claridad, o una interpretación nueva y exacta de las cosas.

Otra cualidad que se destaca es la distinción, la elegancia, el aristocratismo. Un santo horror al lugar común y a lo plebeyo polarizaba el alma del autor, y esto no sólo fluye de la elección del tema, sino de la delicadeza del lenguaje y la elegancia del ademán, por manera que ciertos adjetivos, como el de "pateado" y "podrido", utilizados en dos ocasiones, dejan un desagrado de palabra grosera pronunciada en un ambiente de selección.

Se ha citado entre sus maestros a Juan R. Jiménez y Rabindanath Tagore; a nuestro juicio habría que añadir también a Oscar Wilde, cuya influencia nos parece evidente, no tanto en la concepción como en la expresión y en la inclinación a la puleritud y el estilizamiento.

Quizás Roosen Regalía no hubiera llegado a ser más de lo que el tiempo le permitió que fuera—en literatura los primeros vuelos suelen ser frecuentemente los mejores—pero, lo repetimos, hay derecho para llorar en él a una de las esperanzas más positivas de nuestra joven literatura.—**J. M. D.**

Las visiones de un pájaro loco, por Rufino Marín—Buenos Aires.—1920.

"Crónicas de bohemia peregrina. De risa. De orgullo. De dolor. De ambición. Y de esperanza...". Así califica a su obra el autor. Basta la puntuación de esas pocas palabras, para descubrir a un exaltado discípulo del muy exaltado Soiza Reilly. Rufino Marín es el mejor de los hijos espirituales del popular repórter. Se ve que no lo imita porque sí; antes al contrario, le lleva hasta él una profunda semejanza anímica. En años de juventud, ninguna "pose" más atrayente que la de estos "pájaros locos", que ensalzan todo lo anormal y reniegan de lo burgués. Como en los libros de crónicas

que ha escrito Soiza, en éste de Marín desbordan las paradojas, las "boutades". Es muy entretenido. En lo que nos parece que el discípulo aventaja al maestro, es describiendo el paisaje. Las interviús son arbitrarias, como las de "Cien hombres célebres". Allí no es interesante lo que dice el entrevistado, sino lo que se le ocurre decir al "entrevistador", mientras observa a aquél. Libro profundamente subjetivo, se mira con atención, por más que a veces se nos figure que el autor, deliberada o inconscientemente, nos está engañando. Aun los espíritus "modositos", que sufren con las alharacas de estos peregrinos escritores independientes, un poco atrabiliarios, siguen los artículos con atención. Es eso que tan bien ha resumido Soiza con su frase: "A mí se me odia, pero se me lee". No todos pueden decir lo mismo.—**V. A. S.**

Obras inéditas.—Revista mensual de teatro.—Octubre de 1920. — Montevideo.

Así como para precaverse de los hados maléficos muchas personas supersticiosas acostumbran adelantar el pie izquierdo al entrar a algún sitio que nunca habían visitado, esta "Revista mensual de teatro" se inicia con una obra que sale de las normas habituales a nuestro vivir (por esta oposición con lo corriente se nos ocurrió compararla a una pisada del pie izquierdo).

Son los de esa pieza teatral, personajes de los que con abundancia pululan en esta o en cualquiera otra urbe; pero que desde que caye-con bajo la pluma del señor Perrone, (el autor), hacen cosas como para que nadie los conozca.

Piensan y hablan con artificiosidad molesta. Se abandonan a discursos de bien manoseadas ideas. Predican con un lirismo ultraterreno, en tono muy gastado de tan repetido. Y proceden con incoherencias divertidas, o con imprudencias incomparables, como las de aquellas lubricidades del señor cura.

***

Afirmamos por nuestra experiencia, que en esta vida, ni los jóvenes más o menos inadaptados, ni los gallegos, ni los coroneles, ni las niñas enamoradas hablan así; tampoco los curas abandonan sus hábitos tan fácilmente; ni creemos que pasen las cosas como cuenta el señor Perrone cuando las novias vienen al tierno nido de sus amados.

Pero, en esto sí que no podemos hablar por experiencia propia, ya que, esto lo juramos para formalidad mayor, ninguna de nuestras amadas vino a buscarnos jamás.

Mas el recurso ha sido usado ya, y en la literatura nos encontramos con esas situaciones, y las heroínas vuelven con su virtud a cuestas; mas en esos casos hubo de parte del autor el cuidado de crear caracteres capaces de equilibrar los urgentes mandatos de la pasión con

raciocinios firmes y lúcidos; así Monna Vanna sale triunfadora de la tienda del señor Principalle; así la Glaneuse de Champsaur debió regresar al tálamo nupcial para ofrendar su doncellez al legítimo dueño; así la Meg de Miss Downey, debió soportar luengos años el dolor causado por el novio que no la comprendió. Pero los caracteres del señor *Perrone en su "Ignorancia que mata"*, no son de aquella necesaria calidad, por donde creemos que tampoco en esa escabrosa escena de su pieza tenga parecido con las cosas de este mundo.

¿Será necesario decir algo más de cuanto fluye de esa lectura?

* * *

Conjurado todo con este sacrificio que la "Revista mensual de teatro" hace a los dioses perversos, esperamos que nos ofrezca piezas inéditas, con sabor de vida, pues muchas en esta tierra han de haber.—**E. S.**

Dramas Mínimos. — Rufino Blanco Fombona. — Biblioteca Nueva — Madrid—1920.

Rufino Blanco Fombona acaba de enviarnos, amablemente dedicado, un volumen de su último libro "Dramas Mínimos". Se trata de una *hermosa colección de cuentos*, que en su mayoría fueron publicados por Garnier (París), en 1903 y en 1913, con el rótulo de "Contes Américains". En la última edición francesa ya habíamos visto el subtítulo de "Dramas Mínimos", que ahora viene a reemplazar definitivamente al de "Cuentos Americanos".

Recordamos también que Andrés González Blanco define el carácter de estos cuentos en "Escritores de América", utilizando una frase de "La Revue": "C'est un mélange de moquerie, de satire, de bonne humeur et de pesimisme".

Blanco Fombona tiene un vigor personalísimo, de una desnudez sencilla y fuerte, no exenta de colorismo y de elegancia. No hay por qué decir que pasado mañana será en la historia literaria de América uno de los tipos representativos, acaso el más personal, el más característico de la época. Estos cuentos que venimos de leer, han sido arrancados a la vida por una paleta llena de colores. Tienen un sentido mordiente y encantador, que a veces los convierte en cromos y otras veces los torna en aguafuertes. La vida palpita en cruda realidad, en intencionada malicia, en sarcástica rudeza. Pero es la vida siempre: no falla, no se altera, no está exagerada. Es la vida que conocemos, ahondando un poco en el mundo: es la ciudad, la campaña, el animal, el hombre que hemos visto por ahí, en el vértigo de los paisajes multicolores y de las vías innumerables. Fombona posee la visión normal y el procedimiento exacto. No usa complicadas alegorías ni afectismos teatrales. Es sencillo y claro, a veces un poco dionisíaco, eso sí, y en ocasiones hasta un poco vulcánico.

La naturaleza, lujuriosa o paupérrima, sufrida o sensual, le da la razón, sin embargo, y el hombre se levanta íntegro y verdadero a nuestros ojos, como un raro "spécimen" de escritor que no miente, de pintor que no engaña, de escultor que no mistifica.

Hay cuentos que pinchan como una picana, que fustigan como un látigo, que lastiman como higos de tuna, que explotan como cohetes... Hay frases que aplastan y frases que desnudan. A veces zahiere una sociedad entera, como si quisiera sacudir un mundo.

Sus personajes son tipos reales, efectivos, que tienen adentro la misma máquina humana que nosotros. Las descripciones son gráficas hasta parecer pintadas por escenógrafos. El pormenor adquiere importancia decisiva y aparece utilizado con sencillez: vale decir, con ciencia y arte. Y, sobre todo, la burla sangrienta, el corrosivo ácido, la sátira mortal no cohiben nunca ese alto propósito estético que hace de Blanco Fombona un encrespado realizador de belleza.

Por otra parte, aquellas palabras iniciales del libro, en que se habla de la estupidez, de la maldad, del dolor, encontrados siempre y en todas las latitudes, no han sido escritas en vano: nuestro optimismo joven ha encontrado ya la aguja escondida y el manotón subterráneo y el imbécil inflamado de vanaglorias... ¡Nuestro optimismo joven!

Dos cosas más, fundamentales y virtuosas tiene este libro: la propiedad del idioma y la abundancia del léxico. La pluma de Blanco Fombona dispone de palabras ilimitadas, brillantes o castizas, según lo quiera la circunstancia. Puede decirse que su dialéctica es formidable.

Recorriendo "in mente" literaturas rioplatenses contemporáneas, sólo un cuentista encontramos capaz de situarse holgadamente al lado de Fombona: pensamos en Horacio Quiroga. Y, sin embargo, cabe a la justicia de nuestro corazón, decir que Quiroga no tiene el colorido brillante, ni el léxico numeroso, ni el idioma castizo de Blanco Fombona. Podrán parangonarse en la brevedad sintética, en la emoción trágica, en la simplicidad literaria, en la belleza intensa y dilatada, pero hay que convenir que el autor de los "Dramas Mínimos" escribe unas páginas descarnadas, elocuentes, coloridas, sangrientas, emotivas, cuya hermosura recuerda a veces a Maupassant o a Daudet o a Villiers de L'Isle Adam...—**T. M.**

Biblioteca Poética.—Poemas.—Christian Roëber.—Cuaderno mensual número 1.—Buenos Aires.—1920.

Todo un poeta fué este Christian Roëber. Conocíamos ha tiempo algunos de sus poemas, recogidos en las mejores publicaciones argentinas. Con amargura o con ironía cáustica, que al fin es siempre otra amargura, Roëber embelleció su vida atribulada con nobles páginas de antología, donde la inspiración ardiente se une a la espontaneidad del verso, como en muy pocos casos.

Peregrino del mundo, vino a caer en 1904 en Buenos Aires, donde "la dispensadora del eterno descanso le cerró los ojos en una cama del Hospital San Roque". Desde la misma ciudad tumultuosa y feliz, nos llega ahora este cuaderno de versos, a su memoria coleccionados con generoso afán por una nueva publicación mensual — la "Biblioteca Poética"—que nos promete un florilegio americano como medio de difusión cultural económica, a todas luces loable y digna de nuestra consideración.

Entre las más hermosas composiciones de Roëber que leímos en este folleto, hemos de señalar "El tonto", "Nada nuevo", "Juanón", "Jesús", "El beso de la muerta", "Simbólica", "La inconsolable"—**T. M.**

Soledad.—Versos de Héctor Ripa Alberdi—La Plata.—Editorial Virtus.—1920.

Bajo la advocación de Samain, de Páscoli y del Marqués de Santillana, que dan bellos acápites para las tres puertas del jardín apacible de Ripa Alberdi, hemos leído los dulces poemas de este libro.

A pesar de la pretendida serenidad envuelta en silencio y tocada de religioso fervor antiguo, se insinúa un ligero temblor emotivo y moderno sobre el sellado tesoro de este poeta. No importa la cuerda divina de Fray Luis de León, la alondra celeste de San Juan de la Cruz o la estrella de oro de Marco Aurelio, invocadas por Alberdi, para proteger la soledad sonora y dulce de su mansión lírica. Hay una brisa sutil que no pudo evitar y que conmueve los cálices, roza el torso de las estatuas, desvía el agua pulverizada de la fuente, trae olor de campo fresco y vivifica la claridad melancólica de la tarde. De dónde viene esa brisa no se sabe, pero es sutil y eficaz y a veces parece quedarse entre las rosas o entre las hiedras... De ahí entonces que la sosegada canción tenga un secreto temblor, una íntima conmoción, un parpadeo misterioso que dice vida, amor, optimismo, como en los versos de Páscoli que el autor recuerda.

Y esa es, a nuestro juicio, la virtud de este libro pulcro y suave, cuyo dueño se complace en la serena dulzura, casi monástica, de un viejo caserón rodeado de pinos, como alguno que hemos visto por ahí...

Desenvueltos de toda inquietud joven, libres de gracias y de quimeras, tenemos que tocar la campanita de bronce de la verja y trascender hacia la casa callada y tibia, desde cuyas ventanas se ven claros paisajes matinales, ingenuos y apacibles, soleados de fe y sombreados de humilde sosiego castellano...—**T. M.**

Motivos Pueblerinos.—Versos, por Manuel Benavente.—Paysandú. — 1920.

Trata el autor de este libro de retratar la vida de los pueblos del interior, vida pobre, rutinaria, vegetativa, más cercana de la soledad

campesina que de los tumultos ciudadanos; pero muy llena de motivos poéticos, tanto más dignos de ser cantados cuanto que representan un tema casi virgen dentro de nuestra literatura lírica.

El autor a quien las circunstancias han hecho peregrinar por varios de esos pueblos, sin conseguir hacerlo claudicar de sus fervores estéticos, ha sentido profundamente el influjo del medio y nos brinda en este libro una serie de composiciones que podríamos dividir en emocionales y de observación pura.

Desde luego, hay que alabar su tendencia a buscar dentro de la realidad—tan prívida cuando se sabe mirar—materiales y sugestiones poéticas; así como su lenguaje, despojado de complicaciones y retóricas ampulosas, sencillo y directo.

Consigue el autor, de este modo, bellos efectos en la pintura de los paisajes o las costumbres, como lo prueban las composiciones tituladas "La carreta", "Crepúsculo", "La campana", "Noche". Asimismo caracteriza con notable vigor algunos tipos genuinos de aquellas localidades, "El pobre maestro", "El soñador", y otros de contornos más universales, como "El hijo pródigo".

En todas estas composiciones, hijas de la emoción, Benavente logra despertar, con más o menos intensidad, corrientes estéticas en el lector; y aunque muchas veces en su afán de ser sencillo, caiga en el lugar común y la expresión trivial, el realismo y el valor poético del tema hacen olvidar los demás defectos.

Pero hay otras composiciones del volumen — aquellas que hemos llamado de observación pura — en la que el poeta ha olvidado su decoro y su calidad de artista, para convertirse en un simple fotógrafo o en un vulgar gacetillero. "El arte es la expresión de la vida" —en esta fórmula de Guyau se apoya el autor—pero no toda expresión de la vida es artística. Para que así sea, necesita reunir otras cualidades, como la de belleza y bien, y todavía precisa la mano del artista para dejar una sensación estética.

Podrá ser de un realismo inatacable esta cuartetasa con que termina la composición titulada "El Club": "Salimos. Hermosísima la noche — digo. Y don Juan contesta: "¡Cómo me duelen los malditos callos! — ¡Qué calor! — ¡Oh, qué falta hace que llueva!"... pero esto jamás será poesía.

Asimismo, como un ejemplo de verso gacetillero, defecto que ya hemos hecho notar, transcribimos estos versos de la poesía "El redactor de El Eco": "Justo es reconocer, lector, que hay excepciones— que honran la profesión; pero es lo general—encontrar este tipo cargado de ambiciones—y envidia, entre los tipos de la prensa rural".

No es costumbre nuestra entresacar pasajes aislados para juzgar la obra de los autores y, aquí tampoco lo haríamos si no fuera por estas tres razones: porque hay en "Motivos Pueblerinos" demasiados versos de esa clase, lo que autoriza a suponer un desacierto orientador; para demostrar la razón de nuestro juicio; y porque Benavente no tiene derecho para malgastar de ese modo sus notorias facultades líricas. — **J. M. D.**

La Senda de Damasco. — Poemas de Rogelio Sotela.—San José de Costa Rica.—1918.

El libro de este poeta tiene la suficiente modernidad para interesarnos ..

Es un libro de poesías en tono lírico, suavísimas, un *poco retóricas*, sí, señor, pero bellas y harmoniosas, de ejecución fácil, de ritmo pulido.

Sotela viene a ser así un buen poeta, un poeta verdadero que nos impresiona altamente, desde las primeras estrofas.

No tiene innovaciones novecentistas; ignora la voz de Apollinaire; desconoce el crisol de Bacarisse.

Pero canta como Gutiérrez Nájera o como Luis Urbina, con versos *de seda celeste, no con versos de piedra calcinada*...

Y en sus jardines sin gárgolas ornamentales, es dulce vagar un poco, entre los macizos de margaritas que bordean los senderos y cerca de la fontana que hace vibrar sus saetas de cristal...

Un sol tibio de primavera, casi de otoño, nos ilumina y nos conforta: el cielo está limpio de nubes como los árboles de frutas: apenas la melancolía de una tarde diáfana o el aire caliente de una hoguera lejana; nunca la cargazón pretensiosa ni el barroquismo "pour épater"...

Sotela cultiva con éxito el poema dialogado ("La Senda de Damasco", "La Epopeya del Siglo", "El triunfo del ideal"),—el soneto español ("*Renunciamiento*", "*El héroe de Beausejour*", "Rito"),—y el madrigal rubendariano ("Impromptu", "Vida adentro", "Prometida").

Su libro tiene páginas de ancho lirismo. Claridad, sencillez, harmonía, son rosas frecuentes en su jardín de ensueño, donde hay asimismo numerosas mariposas cuyos vuelos ligeros le prestan un dorado encanto frágil.

He aquí las virtudes formales de este poeta costarriqueño, a quien nos es muy grato decir que, una mañana, su "Senda de Damasco" llenó de aromas y de sueños nuestra ánima todavía sin fatigas, y aun muy exigente...—**T. M.**